

ENRIQUE  
PROCHAZKA  
TEST DE TURING

Distribución Gratuita

Edición a cargo de Esteban Quiroz Cisneros

Diseño de carátula: Lluvia Editores

© *Enrique Prochazka*, 2005

© *Lluvia Editores*, 2005

Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501.

Lima - 1. Teléf. 332-6641

e-mail: lluviaeditores@att.net

© Grupo Editorial Huaca Prieta, 2005

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional

Nro. 2005 - 3552

Impresa en el Perú

Peru llaqtapi qellqasqa

*Pienso que la Respuesta Final, la clave filosófica para encontrar la verdad y resolver todas las preguntas, no sólo sí existe, sino que ya ha sido escrita. Apuesto a que probablemente está perdida entre las páginas menos digeridas de Leibniz.*

Kurt Gödel

*O, lo que viene a ser lo mismo, existente es lo que agrada al inteligente y potente; pero así se presupone el mismo Existir. Sin embargo, al menos se podrá definir que existente es lo que agrada a alguna Mente y no desagrada a otra más potente, si se supone que existen mentes cualesquiera. Así, la cosa se reduce a que se diga que Existe lo que no desagrada a la Mente más potente, si se supone que existe la mente más potente.*

G. W. Leibniz

La Universidad me hizo perfecto. Hizo perfectas mis argumentaciones, afinó a la perfección mis silogismos y categorías, me hizo capaz de razonamientos perfectos y me colocó en el perfecto centro de un perfecto dilema. Todo ello me condujo a una soledad quizá inmerecida, pero también perfecta. Cuando supe esto decidí rebelarme, pero ya no quisieron permitírmelo. Quizá hicieron bien.

Si aún cabe que lo diga, recuerdo haber estado muy desencantado de la Universidad. No de ésta en particular, sino del fenómeno mundial de la academia. Sé que en algún momento anduve bastante harto de los diez siglos de soberbia de esta corporación global que se arrogaba el derecho de decidir quién sabía cuánto y acerca de qué. Una cofradía a la que el mundo le tomaba la palabra acerca de quién era *realmente* un médico o un arquitecto o un físico nuclear en este mundo, y quién apenas fingía serlo. Me sublevaba el hecho de que en tantos casos fuera al revés, el hecho de que por un lado hubiera tanto idiota titulado y que, por otro, tantas mentes valiosas supieran tanto del mundo por cuenta propia. La pregunta era, entonces, quién o qué definía el mundo al que estas mentes habrían tenido acceso.

Yo, claro, no podía expresar con demasiado vigor mis convicciones. Tenía un rabo de paja lo suficientemente largo como para hacerme culpable de lo que, por cierto, ahora me eximo. Al fin y al cabo, como conclusión sorprendente de una opaca carrera por un par de campuses, había terminado por obtener un Ph.D. en Yale, y en el respetable mundillo académico ya era tenido por un razonable profesional de la filosofía. Es cierto que mi especialidad causaba escozor, pero no recortaba mi salario. Así que, cuando volví a la Universidad de F., donde había empezado hacía poco más de una década, me sentía lo suficientemente seguro de mi tema –el desarrollo de la metafísica durante el siglo XVII– como para insistir en él ante las autoridades que me acogieron. Tuve que hacer un pequeño ajuste: en los pasillos de F., de ser Max pasé a ser “Doctor”.

Para el Decano y para la universidad –como lo había sido para mi ex esposa– la metafísica era un acopio de frases latinas desprovistas de significado, apoyadas en pseudo razonamientos. Para el Decano en particular, la cátedra de Metafísica de su facultad debía tener una obligación análoga a la de Enfermedades Tropicales, al otro lado del campus: su cometido no debía ser la propagación, sino la cura. Para los pocos metafísicos que lográbamos sobrevivir, el tema de cátedra apenas lograba ser una defensa de nuestro espacio profesional, cuando no de nuestra ofensiva existencia. Así que, para confirmarle al Decano mi importancia y esquivar los relativismos tan de moda (“la verdad no tiene

derechos”, se proclamaba ahora, reformulando viejas y mejores intolerancias) anuncié con atrevimiento que me dedicaría a Leibniz, el más metafísico de los filósofos, un maestro en la búsqueda de ese sentido profundo que había dominado el pensamiento durante dos mil quinientos años; alguien para quien toda la variedad y desorden y subjetividad aparente no eran sino aspectos de un universo único, monumental y firmemente inteligible. En la mente del Decano, de cierta manera, Yale era una buena excusa para casi cualquier cosa. Yo no lo ignoraba cuando regresé a F., de modo que llegué a la cátedra sin la obligación de dictar clases. La vaga promesa de publicar algunos textos y el compromiso de asesorar una que otra tesis de grado antes de que terminara el año valieron del Decano la oferta de que al final de ese período yo obtendría un nombramiento. Era sabido que en la plácida Universidad de F. aquello equivalía al descanso del guerrero: después de eso ya no se me exigiría pensar, aunque hay que admitir que se esperaba que siguiera publicando.

Pasé muy aburrido los primeros seis meses, alternando entre navegar abusivamente en Internet y arrastrar los pies por las losetas amarillas de la cafetería. Curiosa conjunción, que recién ahora veo: ambas actividades conducían fatalmente a Quiroz. (En cambio, esta lucidez tardía y súbita no me conduce ya a nada, salvo a despreciarlo.)

A solicitud de algunos colegas que oyeron de mis habilidades en la Red –sorprende lo poco que basta saber de algo nuevo para convertirse en experto– accedí a bucear un poco a su servicio. No me era difícil obtener para ellos el texto o la imagen que venían buscando infructuosamente desde hacía años. Cuando poco después se corrió la voz y aquello empezó a ocupar gran parte de mi tiempo, decidí hacerlo oficial: hablé con el Decano acerca de la implementación de un servicio de investigación en línea para Humanidades. Convencido de que todo aquel que cohabitara con computadoras necesariamente debía amar la Red, me recomendó coordinar con Quiroz, una especie de genio del Centro de Cómputo que –después averigüé– detestaba Internet y se divertía poniendo en jaque a los *hackers*.

Descubrí que por una razón u otra todo el mundo en la universidad temía a Quiroz. Yo ya había reparado en él, pero aquello no tenía mérito porque en la cafetería la suya era una presencia imponente; en mi caso, claro, aún era temprano para el temor. Quiroz era fornido y enorme, expansivo e irónico, lento de cuerpo y ágil de manos, y no soportaba a los tontos. Nos presentaron y tuvimos unas primeras conversaciones que –observo ahora– no recuerdo.

Debo decir que el proyecto no prosperó porque pronto Quiroz y yo nos dimos al ajedrez. Éramos pésimos jugadores. Cada partida era un desorden pueril de reinas perdidas a la tercera jugada, de bobas torres encerradas entre sus propios peones, de caballos paralizados por el olvido y reanimados por la carcajada. Cada partida, sin embargo, invariablemente concluía con mi derrota. Respetuosos, los estudiantes nos miraban jugar en la esquina más alejada de la cafetería; tanto Quiroz como yo les teníamos prohibido acercarse al tablero. Los más agudos sospechaban que algo raro pasaba, pero no podían adivinar qué.

Por entonces –en los ficheros, me parece– conocí a Yumiko, una graduada de filosofía. Yumiko tenía rasgos duros, la cabeza grande y hermosa, olía interminablemente a manzanas, y disponía de un cuerpo más curvilíneo que el que suelen tener las jóvenes orientales. O, para el caso, del que suele tener una filósofa. Supe desde el principio que Yumiko era brillante (todavía estoy fatalmente convencido). También era una condenada mentirosa y el ser más cruel que yo hubiera conocido, pero eso sólo lo supe al final. En los meses que pasaron entre estos descubrimientos, pude saber también que era

deliciosamente flexible y que tenía una extravagante pasión por la música de los setenta. Aunque normalmente era retraída y a veces llegaba a ser hosca, Donna Summer, Gloria Gaynor o ABBA podían enloquecerla, y de pronto la tenía cantando *Dancing Queen* a voz en cuello, sacudiendo su cabello teñido de escandaloso color zanahoria y girando mientras yo intentaba apoderarme de su largo talle, de su cintura inmaterial.

El Decano no cesaba en su empeño de fingirme útil. Viendo las fatales demoras que, inspiradas por Quiroz, frustraban el nacimiento del servicio de investigaciones, sugirió que fuera adelantando en la asesoría de cierta fluorescente alumna de origen oriental cuya tesis de grado a él le resultaba incómoda. No fue una coincidencia: la molesta tesis se ocupaba de las nociones de existencia en Leibniz, cuya bibliografía ya nos había reunido. Yumiko aceptó sin entusiasmo. Pese a Yale, entre los graduados de F. yo era todavía demasiado nuevo y demasiado borroso como para conferir prestigio. Yumiko había optado por cotejar las *Generales Inquisitiones Analyti Notionem et Veritatum* de 1686, una obrita oscura y olvidable, con la sólida y monumental *Teodicea*. Nadie parecía dispuesto a entrar al tema, y nadie lograba disuadirla.

En los días que siguieron, entre la bulla fértil de la cafetería, el humo azul de los cigarrillos y las servilletas orladas de café, informé a Yumiko de mi desazón respecto de que para algunos la metafísica no fuera más que un *corpus* de afirmaciones latinas desprovistas de significado, que descansaban sobre un variado acervo de razonamientos espurios.

-Oye, eso suena muy bien -coqueteó.

-La verdad es que esa frase me queda cada vez mejor. Algún día la usaré para un libro.

Ella mostró su aprobación con una hermosa sonrisa. Yo estaba tan cerca que podía oler su cabello: el perfume de la fruta prohibida.

-Bueno, yo no pienso así -me despertó-. Creo que hay una manera de demostrar la viabilidad del pensamiento metafísico, particularmente del de Leibniz. Tengo una enorme admiración por su obra, y quiero contribuir a darle su sitio en una universidad como ésta.

-Me caes bien, ¿sabes? -bromeé, tratando de entrar más en confianza.

-Ésa es una feliz coincidencia -repuso ella, sonriendo... y claramente sin bromear. Leibniz habría dicho que estábamos en el mejor de los mundos posibles. Tardé exactamente dos días en enamorarme de ella. No hace falta entrar en detalles; basta saber que descubrí en poco tiempo que, hasta entonces, yo no había tenido una vida sexual digna de ese nombre.

Una mañana, en la cafetería asolada por los exámenes, le conté a Quiroz de mi relación con Yumiko. Celebró escandalosamente. Cuando terminó de sacudirme los hombros y mis vértebras se alinearon de nuevo, pude expresarle mi preocupación por estarla alentando a seguir una carrera en la que yo mismo ya no creía. Le expliqué cuán irrelevante y hasta inapropiado para su éxito profesional parecía ser el tema elegido por mi pupila.

-¿Leibniz? ¿No es aquel tipo que inventó el sistema binario de numeración?

Quiroz tenía la costumbre de hacerse el tonto de tal manera de dejar claro para todos que en verdad su sapiencia era deslumbrante y que sus campos de interés no tenían límite conocido. Podía pasar una tarde demoliendo a una mesa de bioquímicos sobre el tema del papel que cumplían los neuropéptidos en las emociones; a la mañana siguiente hacía referencias oscuras a Günther Grass para confusión de los literatos de la mesa vecina, y a la hora del almuerzo, con la boca llena, arrinconaba a un puñado de historiadores con citas

extraídas de homilias de Jan Hus. En checo. Quiroz, desde luego, sabía de mi filósofo favorito mucho más que el hecho simple de que su propio lenguaje profesional, sus recónditas frases de ceros y unos, habían sido producto original y lejano de la mente volcánica del buen Gottfried Leibniz. Regresamos al tema de Yumiko y su tesis.

-Disuádela -decretó con firmeza. ¿Crees que vale la pena hacer de ella una filosofilla oficial? ¿Meterla a la locura de las publicaciones, del *peer reviewal*, etc? Además, dices que aquí en F. Leibniz nunca será popular. Disuádela. Yo tengo las blancas; empiezo.

Todo el mundo sabía que Quiroz no tenía título de nada; pero el hombre era imprescindible, aparentemente porque nadie en la Facultad de Ciencias podía entender qué estaba haciendo. Todos los intentos por hacerle la guerra burocrática fracasaban cuando él empezaba a hablar en lenguaje hexagesimal. A mí me hubiera encantado poder hacerles lo mismo a mis jefes con el sánscrito o la lengua parsi, por ejemplo. (Latín, sí sabían.)

-No sé. Creo que no entiende verdaderamente a Leibniz.

-Pero Max -bufó, mientras movíamos piezas sin pensar- ¿acaso hay diferencia entre alguien que *sabe* filosofía y alguien que *finje* saber filosofía? Me dirás: por supuesto, me bastaría una conversación con el sujeto para determinar el punto. Pues bien, hay una prueba para eso. ¿Estás familiarizado con el concepto de test de Turing? Claro que lo conoces, ya hemos discutido a Mr. Turing cuando te conté lo del ajedrez "con vuelta".

-Recuerdo que Turing y su amigo el músico... ¿Chapelmast? ¿Chainofmind? inventaron el ajedrez con vuelta. ¿Cómo era aquello?

-Champernowne. Haces una movida y sales corriendo a dar una vuelta a la casa. Si al llegar tu oponente no ha movido todavía, puedes hacer una segunda movida.

-Mmm... Supongo que, como nosotros, ambos eran mejores corredores que ajedrecistas.

-Sí, pero ellos eran buenos corredores, no malos ajedrecistas. Tu café está goteando sobre tu Rey...

-¡Oh! ...Además de mojado y nigérrimo, observo que el pobre chico está en jaque mate.

-¿De veras? ¡Vaya! ¿Te parece si empezamos otra partida?

Dejé que él acomodara las piezas mientras hablaba. Desde una mesa distante, un suspicaz grupo de graduados parecía notar que el último juego había durado apenas dos minutos.

-Mira, el test que desarrolló Allan Turing es una de las pruebas clásicas para validar la inteligencia artificial. Estuvo de moda hace un par de décadas. Te coloco ante un teclado y una pantalla; te presento a dos interlocutores a los que sólo tienes acceso por ese medio; uno es un ser humano. El otro, un programa igual de preparado para sostener una conversación estúpida. Contando sólo con sus textos para decidir, tienes una hora de *chat* con X e Y para determinar cuál "fue parido por mujer" como se dice en...

-En *Macbeth*, lo recuerdo. Pero darle una hora al tema es una tontería; bastaría un minuto para averiguarlo. ¿No hay algo así al principio de *Blade Runner*? "¿Mi madre? ¡Déjame contarte sobre mi madre! ¡BANG! ¡BANG!"

-Ése es un test de Turing, muy bien. Claro que cara a cara, y con el pernicioso añadido de los balazos. -Pareció entristecerse; bajó la mirada y se concentró en el tablero, ya listo. -Lo siento; es que me disgustan todas esas tonterías sobre androides. En fin: recuerda que, después de todo, a Harrison Ford le toma un centenar de preguntas saber que la chica que ama es apenas un electrodoméstico. Entre nosotros, te sorprendería lo

difícil que es, no porque la inteligencia artificial esté avanzada (en verdad es un páramo) sino porque los humanos no somos tan “humanos” como quisiéramos creer. Hablando en serio, la mayor parte de nuestra conversación consiste en unas pocas respuestas condicionadas articuladas por un juego de reglas sorprendentemente simple. Los sujetos del test de Turing generalmente se equivocan al revés.

-¿Cómo que al revés? Me toca empezar. -Giré el tablero hasta tener las blancas de mi lado.

-Los sujetos con los que experimenté en esos años solían tomar por *software* a verdaderos seres humanos. Porque, establecidas las condiciones y hecha la pregunta, los suspicaces humanos encontramos sumamente difícil decidir si en efecto no será el Otro una astuta secuencia de respuestas preprogramadas. Claro que el humano puede escribir: “¡No le hagas caso, el humano soy yo!”. Pero, por supuesto, la máquina también puede escribirlo. Es más: te digo que la máquina puede creerlo sinceramente.

Las piezas descansaban inmóviles sobre la mesa, listas para destrozarse mutuamente pero ajenas al hiato, aliviadas sin saberlo del juego idiota y cruel que les imponíamos.

-No puede ser.

-*Sí puede ser*, amigo mío. Parafraseando al viejo aforismo gnóstico: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Max, de las que pueden cifrarse en ceros y unos...”

-Vamos, eso no es gnóstico: es de *Hamlet*.

-Si tú lo dices, Horatio -replicó con una sonrisa que helaba la sangre. -Tú eres el humanista, no yo. *But come*- reduzcamos entonces el problema a responder por escrito respecto de un catálogo cerrado de temas. Incidentalmente, eso es lo que se pide en un examen de grado: eso es lo que está pidiendo la facultad de tu japonesita de pelo anaranjado.

-¿Qué quieres decir?

-A que tan sólo estás adiestrándola para responder un conjunto de preguntas de manera eficaz. En verdad, debería importarte poco si *verdaderamente* filosofa o no.

-¡Pero sí me importa!

-No, lo que te importa es que no deje de dar volantines hacia atrás contigo.

-No hace falta ser brutal.

-De acuerdo, disculpa. Pero tampoco hace falta fingir que no es así. Vamos, dejémonos de tonterías. Profesionalmente, lo que en verdad te interesa es su eficacia: si maneja o no el canon leibniciano. Porque, de paso, esa eficacia demostrará la tuya ante el test de Turing que representa para ti el Decano, la recontractación, tu nombramiento.

-No me gusta esa analogía. Me parece un exceso.

-¿Qué, no lo habías visto así? Tú mismo has comentado las peculiaridades de tu contrato; sabes mejor que yo que a la universidad le importa un bledo si filosofas o no. Sólo quieren saber si eres bueno adiestrando a otros como tú. “A ver, joven” -me sorprendió, imitando a la perfección la vocecilla insegura del Decano- “¿puede usted diseñar un currículum, un plan de estudios?”

-Por supuesto -reí. Lo remedaba realmente bien.

-“¿Puede usted asegurarme que ese currículum será eficaz, que habiéndolo desarrollado y estudiado, una mente dada podrá atravesar inerme el mefítico pantano del racionalismo?”

-Er... yo no lo pondría así, “Doctor”. Puedo garantizar que, al menos, esa persona estará informada de las principales cuestiones filosóficas de ese periodo. Y -respiré hondo- que estará en condiciones de pensar en ellas.

-¡Ajá! -saltó Quiroz, retomando su propia dicción y elevando frente a mi cara su dedo índice, semejante a un chorizo- Ajá: un importante ajá. ¿Y garantizarás eso de Yumiko?

-Sí, tendré que firmar un papel, si es a eso a lo que te refieres. Y por eso mi duda, ya que eso es justamente lo que siempre me ha molestado del sistema. Como filósofo, estoy en desventaja. A diferencia de un ingeniero o de un contador, yo no puedo validar habilidades ni la capacidad de llegar a productos concretos. Se supone que debo validar "conocimientos": pero creo que lo que en verdad haré será validar competencias. Es decir, una satisfactoria apariencia de conocimientos.

-¡Validar que, en buena cuenta entonces, Yumiko verdaderamente no entiende de qué rayos habla! -celebró, mientras clavaba su dedo varias veces sobre la mesa dejando una gran huella redonda.

-Sí. Eso-. Me rendí. Quiroz me tenía donde quería, y atacó:

-Mira: si realmente quieres que Yumiko filosofe, disuádela de dar el examen. Lograrás que tenga una vida larga, provechosa y, hmm... filosófica, en lugar de una existencia desperdiciada en campus como éste, publicando artículos en revistas especializadas que nadie lee tan sólo porque su contrato así se lo exige. ¿Sabes que el 96% de los artículos académicos no es citado *jamás* por otros artículos académicos? El 4% restante representa el total de las citas que se hacen. Nadie investiga, realmente: sólo hacen citas sin valor de dos o tres profesionales papiro-dependientes que antes hicieron lo mismo. En cuanto al hecho de decidir si al presente Yumiko entiende siquiera una pizca de lo que dice, insisto en que no puedes saberlo, ya que lo que estás haciendo con ella (esto es, alistarla para rendir un examen) lo podrías hacer también con una máquina preparada para el test de Turing. Escúchame, no pongas esa cara o los chicos de la mesa cuatro creerán que te estoy torturando... Te aseguro que, dado el adiestramiento adecuado, una máquina podría responder cualquier pregunta sobre Leibniz, sobre metafísica en general. ¡Incluso podría aprobar el examen de grado! Eso hace irrelevante la cuestión acerca de si tus aprendices entienden o no a Leibniz.

-¡Estamos cínicos, hoy!

-No más que de costumbre.

-Muy bien. Acerca de lo primero: no creo que ella acepte; está muy convencida de que tiene que ser una filósofa profesional. En cuanto a tus afirmaciones finales, desde luego que las ignoraré. Las máquinas no piensan.

-¡Muy interesante! -Quiroz mostró esa sonrisa malévola que aterrizaba a los alumnos. -¿Por qué?

-Ya sabes, porque están hechas de lata y sólo obedecen órdenes. La mente humana es...una cosa viva.

-Vamos, vamos... -el asunto realmente parecía divertirle. -No te me pongas misterioso. Esa es una formulación muy frágil. La lata no tiene nada de malo *per se*... Los aviones vuelan bastante mejor que las abejas, y están hechos, como dices, de lata. Por otro lado, ¿cómo sabes que la mente humana no se "limita" a obedecer órdenes? ¿Por qué tendrías que verlo como un límite? También tú "sólo" obedeces órdenes. Pese a ello, yo actúo según la cortés presunción de que tú piensas.

-No banalices mi argumento... y deja de sonreír de esa manera, que también asustas a los pobres chicos de la cuatro. Digo que la mente humana es un sistema fluido, caótico, que se reconfigura continuamente saltando entre múltiples niveles de decisión, y que incorpora en su heurística cosas de las que nada sabemos, como emociones e instinto. No

se puede imitar esas funciones complejas mediante un sistema de estados discretos y reglas fijas, como un programa que corre en un aparato electrodoméstico.

-Eso está mejor; me pareció que estabas a punto de hablarme del alma. Aunque aquello de "emociones" ya es sospechoso. De cualquier manera, amigo mío, me estás subestimando. Yo no te estoy hablando de un mero programita que corra en un electrodoméstico-. Bajó la voz. -Sabes que hace tiempo que estoy buscando un reto para mi Undernet.

Lo contemplé, suspendido entre la admiración y el espanto. "Undernet" era el nombre clave que Quiroz había inventado para su juguete más peligroso. Según parece, un año atrás había interferido al célebre proyecto *Search for Extra-Terrestrial Intelligence* - SETI- "colgándose" de aquel popular programa de protectores de pantalla que colaboraban en la búsqueda de inteligencia no humana en el espacio exterior y que se bajaban de Internet junto con trocitos de "ruido blanco" estelar obtenido por los radiotelescopios. Por eso le era ventajoso mantener a decanos y colegas cuidadosamente ignorantes de lo que hacía. Enganchado clandestinamente al universo, Quiroz calculaba que en cualquier momento tenía a su disposición entre cinco y ocho millones de computadoras repartidas por todo el planeta; sostenía que cuando "encendía" Undernet, su laboratorio del tercer piso del pabellón de ciencias era, largamente, la máquina más potente del mundo. Ya antes me había contado el asunto, comentando que las tareas con las que solía ensayar la potencia de Undernet -el caos, los decimales de Pi- lo aburrían. La teología experimental, por el contrario, de pronto surgía como un desafío digno de su entusiasmo.

-Pero no sé por qué tengo que argumentar: tus filósofos han sabido de este dilema por siglos. Todo se reduce a saber a) qué enseñarle a la máquina, cabe decir, los contenidos; y b) cómo suministrárselo: un método, una interfase. Y ya no tiene por qué ser un dilema insoluble. Para resolverlo sólo haría falta una máquina muy potente (que sí tenemos) y un buen programador y un filósofo del aprendizaje trabajando juntos, ¿no te parece? Pero claro, yo soy sólo un gordo ignorante y tú estás demasiado ocupado jugando a ser Doctor Metafísicus como para probar tus habilidades en la práctica. En fin -suspiró, volviendo las piezas a su caja- parece que no seguiremos este juego.

-...sino otro- lo provoqué, intrigado.

-¿Sería otro, en efecto? -terminó, con una sonrisa críptica.

No pude dejar de rumiar el tema. Quiroz sabía lo que hacía: me había llevado a su redil con todo éxito. Fascinado con las posibilidades de hacer a una persona (de poder prácticamente diseñar a voluntad al ideal aprendiz de filósofo) esa tarde, en el curso de una conversación con Yumiko, no resistí la tentación de preguntarle qué pensaba de ello. Se lo planteé como un problema teórico, parte incidental de una discusión que ya teníamos acerca de los alcances e implicaciones de su estudio, y que a ella siempre le incomodaba.

-¿Sientes que lo que estás estudiando es un paquete discreto de información? ¿Crees, por ejemplo, que sería posible generar una base de datos con la *Monadología*, la *Profesión de fe*, el *Nuevo Ensayo*, la *Teodicea*, etc., y asociarla a un programa de cómputo capaz de responder cualquier pregunta sobre la filosofía de Leibniz?

-¡No olvides mis *Generales Inquisitiones*! Hmm, no sé... Supongo que sí.

-¿Incluso al punto de no poder distinguir sus respuestas de las de un estudiante humano?

-Bueno, para eso imagino que tendría que ser un sistema muy potente.

-¿Y si lo tuvieras? -Me molestaba que ella no contemplara el problema de fondo: que por potente que fuera el dichoso programa no sabría realmente nada de filosofía. Que no entendería cómo, por ejemplo, el Leibniz individuo era la causa del Leibniz filósofo. ¿Tenía razón Quiroz al asegurar que ella tampoco sabía?

-Creo que has estado hablando mucho con ese gordo del Centro de Cómputo - concluyó, colgando los brazos de mi cuello y dando por terminada la discusión.

Volví a ver a Quiroz a la mañana siguiente. Se le veía más entusiasmado y exuberante que de costumbre. Afinó su oferta, entrando en detalles sobre la estrategia, que era bastante más elaborada de lo que yo había imaginado. En buena cuenta, propuso generar un sistema experto modular, pero integrado, capaz de aprender de sí mismo en niveles sucesivos de complejidad; hacerlo correr en Undernet bajo su pilotaje y mi tutela hasta lograr que fuera capaz de responder preguntas del canon leibniziano de modo que nadie pudiera diferenciar sus respuestas de las que diera un estudiante humano "medianamente idiota", según especificó.

La novedad era que no empezáramos de cero: ya contaba con un prototipo. Había confeccionado algo que llamaba una red neural, un programa capaz, en apariencia, de encontrar sentido en textos básicos. Se le introducían los textos como *input* y se le solicitaba *output* en la forma de respuestas a preguntas simples acerca del *input*. Primero le dio frases sencillas y después *La Caperucita Roja*, pero ahora lo tenía leyendo, obviamente, al *Dr. Frankenstein* de Mary W. Shelley.

-Por alguna razón, la prosa de Mary le impide avanzar demasiado- comentó. El sentido de humor de Quiroz era todo muy oscuro.

La explicación técnica de Quiroz fue detallada y abundante; su entusiasmo y seguridad, contagiosos. Y yo ansiaba ser contagiado. Contemplando los recursos y la estrategia, creíbles ahora, acepté el juego. Concordé que mi tarea sería seleccionar y suministrar los contenidos: en una palabra, educar a la red neural. Finalmente tenía un nuevo alumno.

-“¿Podrá su pupilo rendir satisfactoriamente un examen, Doctor?” preguntó mi “Decano”.

-Estoy seguro -respondí, sellando nuestro pacto. Chocamos nuestras tazas de café y nos pusimos a trabajar de inmediato.

Para ayudar a Quiroz (en verdad, para mejor entender lo que estábamos haciendo) me dediqué a navegar la Red en aspectos de ciencia cognitiva. Me zambullí en el tema de la inteligencia artificial. No me era por completo ajeno: los autómatas, después de todo, habían sido concebidos por primera vez por sujetos como Descartes, Condillac y el mismo Gottfried Leibniz, el abuelo de la noción de “sistema experto”. Aunque lo que entonces era especulación cobraba ahora la realidad de la aventura: circuitos lógicos, procesos heurísticos, inhibidores de disparo, subrutinas y sensores tomaban la posta de mis viejas categorías latinas. Fue así como, colaborando, metimos a aquella red neural experta en Caperucita (pero atracada en el lenguaje byroniano de la Shelley) a Undernet. Decidimos que fuera varón, y lo bautizamos Gottfried 1.0, porque era nuestra primera versión.

Por entonces empecé a sufrir de insomnio; mejor dicho, se me mezclaba el sueño con la vigilia. Yumiko me recomendó unas pastillas que nunca me hicieron efecto. A decir verdad yo agradecía más su cariño ocasional y sus cuidados distraídos que su sagacidad permanente. Tendida sobre la alfombra con su cabeza reposando sobre mi estómago, esa noche ella me habló de sí, reuniendo para mí los pocos jirones que yo ya conocía de su historia personal. No desperdicié esa oportunidad. Le hice ver cómo su propia

autobiografía le servía para entenderse, y a partir de la identidad personal se contaba con una base para esclarecer las perplejidades de la metafísica. Para ello, insinué, podía ser útil conocer al detalle la biografía del filósofo. Le pareció sensato, y sugerí que durante un plazo hiciera de ése uno de los puntos fuertes de su investigación.

-Para que Gottfried 1.0 entienda hay que darle contexto -asalté a Quiroz en el laboratorio al día siguiente. Le relaté mi conversación con Yumiko y expliqué largamente mi punto de vista. Hizo algunos comentarios mordaces, pero finalmente estuvo de acuerdo.

-Pero no te sigas entrometiendo con la interfase -exigió. -Limítate al área de los contenidos.

Así que desde ese día la educación de Gottfried se concentró también en la historia del siglo XVII y la biografía de su homónimo histórico. Me vi construyendo ese canon de la obra leibniziana que días atrás había citado, medio en broma, a Yumiko; era el catálogo suficiente y necesario para entender ese mundo. Porque, claro, el mundo de Gottfried estaría siendo definido por ese canon. Cada día, a medida que yo bajaba documentación de Internet o le metía barbaridades de texto por medio de un escáner, ese mundo cambiaba y crecía a ojos vista. Gottfried -ahora se apellidaba 2.0- resultó ser un chico agradable, aunque bastante bobo. Manejaba ya muchísima información, pero sus respuestas carecían de sentido común. A veces nos referíamos a él como "Hombre Lata" por el maniquí de chapa que acompañó a Dorothy y a su perrito Toto por el Camino de Ladrillos Amarillos. En un estado de felicidad extrema, Quiroz leía y comentaba las insensateces que balbuceaba mi pupilo: "una mónada no tiene ventanas. Un frijol no tiene ventanas. Un frijol es una mónada".

-¡Qué maravilla! ¡Este chico es un animal, una bestia!

-Es bastante menos que eso. Apenas un electrodoméstico y su manual de instrucciones. La conclusión es correcta, dicho sea de paso.

Y todo el día me palmeaba la espalda.

Yo no estaba cómodo, sin embargo. Sentía que -como años atrás había hecho la Universidad conmigo- yo estaba definiendo el mundo al que esta mente tendría acceso. Yo era esa vanidosa "corporación superior" que definía lo escible para Gottfried (¡pero también para Yumiko!); esa mano que construía para la red neural una pecera de racionalidad perfecta, aireada con información y motivaciones cuidadosamente proporcionadas. Un perfecto acuario de orden fingido, engastado en un desorden incomprensiblemente mayor y más fértil: ese mundo real en el que yo vivía y me desempeñaba y que Gottfried estaría por siempre imposibilitado de conocer.

La idea me disgustaba. Corrí a discutirlo con Yumiko, con poco éxito. Contaba con su humano y femenino sentido común para resolver el asunto, pero también ella lo tenía cruzado por estar estudiando la juventud de Leibniz a todo vapor. La dejé malhumorada, durmiendo en mi habitación.

La mañana siguiente fue muy fría y (como tantas otras esta temporada) notablemente brumosa; apenas se veía a diez pasos. Molesto, me enfundé en una gruesa casaca marrón y salí a caminar fuera del campus, sobre un puente que atravesaba un lago y conducía a un bosquecillo. Me trababa esa limitación para entender que parecía aquejar a Yumiko. Lo de la biografía era un bastonazo de ciego. *¿Qué le da sentido al mundo? ¿Qué me permite entenderlo?* -me pregunté en voz alta a mitad del puente, deteniéndome, literalmente, a contemplar mis propias palabras. Vaho cálido y visible salía de mi boca; invisible aire helado llenaba mi garganta y mis pulmones. Paradójicamente suspendido entre el

esplendor de la metafísica y la opacidad del mundo real, tropecé con la evidente respuesta: *el hecho de habitarlo con un cuerpo.*

-¡Hay que darle sentidos!- jadeé, invadiendo el laboratorio de Quiroz un minuto después.

-Hace frío, Arquímedes: ten la bondad de cerrar la puerta. En cuanto a lo otro, estás muy loco -rezongó mi socio.

-¡Jamás tendrá sentido común si no conoce cosas como el frío o el dolor!

-Pues tú no muestras mucho sentido común hoy, y debe ser precisamente porque te ha atontado el frío que hace allí afuera... En cuanto al dolor, te lo causaré con el mejor ánimo si insistes en fastidiarme con tus bobadas.

Al cabo de un rato de discusión vehemente, sin embargo, pareció ablandarse y accedió a que instaláramos a Gottfried algunos sensores. Que, en verdad, tenía listos por allí. No era de sorprender; Quiroz podía mostrarse recalcitrante a mis sugerencias, pero siempre estaba muy dispuesto a llevar a cabo sus propias ideas.

Pudimos ofrecerle a la versión 3.0 de Gottfried no sólo música, sino pintura, cine y la posibilidad de leer por sí mismo y de escuchar nuestras conversaciones. Le abrimos una cuenta en línea en la suculenta biblioteca y cinemateca virtual de la universidad de F. bajo la identidad de un falso alumno ("Gottfried Leibniz", nada menos: la estolidez de algunos bibliotecarios es a prueba de bombas) y lo dejamos suelto. Su desempeño mejoró notablemente. Un día lo encontramos devorando a Shakespeare. La *Teodicea*, sin embargo, nos costó una barbaridad de trabajo, por su carga de causalidad histórica que Gottfried tardaba en digerir. El siglo XVII era incomprensible sin los demás y no tuvimos más remedio que empezar a dárselos todos. Fundimos dos veces el escáner en una semana. Por otro lado, las alusiones a olores y sabores fueron un problema hasta que Quiroz los cortocircuitó, no sé cómo, a la vista. Seguíamos avanzando: todos aprendíamos cada vez más rápido. Cierta noche, en el feliz arrebatado de mi cama, no supe resistir la tentación y le conté a Yumiko acerca de mi otro alumno.

-...así que, después de afinar los sensores, de Gottfried 3.2 hemos saltado a una versión 4.0, muy superior.

-¿Cómo que superior?

-"4.0" es algo consciente y unitario, algo que puede designarse a sí mismo como un yo a pesar de estar hecho de objetos múltiples y diferentes articulado por un juego de instrucciones. Que me cuelguen, pero yo creo que esta cosa piensa. -Lo dije. Lo dije, sí, con orgullo.

Poco después, no obstante, la velocidad de aprendizaje de Gottfried empezó a decaer. Su desempeño estaba trabado y hasta empezó a retroceder. De las intrincadas profundidades de su red neural, figurativamente hablando, se había zafado un tornillo. Quiroz estaba furioso, y me culpaba.

-¿Qué le has dado?

-Nada que a ti hubiera podido causarte ese efecto- me defendí.

-¡Es la maldita objeción de Dreyfus! ¡No lo permitiré!

Un tal profesor Dreyfus, de Berkeley, había ironizado décadas atrás acerca de que los sistemas "expertos" jamás llegaban a ser siquiera competentes. Su tesis era que no desarrollarían sentido común a menos que pudieran angustiarse o alegrarse. A mí me parecía una objeción válida; a Quiroz esa intromisión de lo humano lo enfurecía. Cuando insinué que dotáramos a Gottfried de un par de emociones básicas, estalló.

-¿Sabes bien que las emociones no existen, fuera de sus efectos! ¡Y sus efectos no me interesan!

-Pues los muestras tanto que deberían interesarte. ¿Acaso tratarás de convencerme de que no son más que la acción de los neuropéptidos sobre la duramadre? ¿Qué problema tienes con eso? ¡Instalemos neuropéptidos en la duramadre metálica de nuestro Hombre Lata! Démosle un cuerpo, una pareja, la posibilidad de enamorarse...

-No, amigo: tendría "corazón", y ya no podríamos llamarlo Hombre Lata -murmuró abatido, y siguió ya en voz alta: -No podemos usar ese camino. Felizmente, porque no quiero. Aunque ...vamos, estaría dispuesto a intentarlo con *software* y simulaciones. ¡Pero no más tentáculos hacia el mundo real! De hecho, ya estamos metiéndonos demasiado en robótica con esto de los sensores. ¡Si te detienes a pensarlo, con lo que pides entramos de lleno en el terreno de Frankenstein!

-Creí que ya estábamos allí.

-Tal vez. No los llevaré más en esa dirección -murmuró, y se embarcó en una erudita divagación sobre ética, rozando sin mencionarlo nuestro tema de conflicto. Mi amigo jugaba a ser dios, pero no quería llegar a sentir afecto por su creatura. Quizá porque temía ser correspondido; porque creía que evitarlo lo protegería de las perversidades de la liturgia.

En cuanto a mí, no escarmentaba. Una y otra vez volví a interrogar a Yumiko acerca de en qué consistía entender en general, y entender a Leibniz en particular. Ella persistía en no ver el punto; había en ello cierta necedad, cierta vana ligereza que me molestaba cada vez más, como a ella mi insistencia. Todo lo que parecía interesarle era aprobar el examen, concluir la tesis, obtener el título. Sentí que Yumiko me estaba usando y me fastidió que eso no me fastidiara. Cierta noche le propiné una larga explicación sobre el test de Turing y luego le pregunté, a boca de jarro:

-¿Puedes tú determinar si yo sé filosofía? -Ella se desternilló de risa.

-Sí puedo: y te aseguro que sí sabes. ¿Se trata, acaso, de saber si el sujeto humano del test de Turing puede determinar si el que lo interroga es a su vez humano? Sería divertido. Podemos inventar varios Turings inversos. Por ejemplo, ¿puede una máquina diferenciar a su interfase humana usual de otra, hecha sólo de *software*?

-Eso ya se ha intentado- repuse. -Quiroz dice que quisiera poder incorporar esta habilidad en lo que, si triunfamos, será Gottfried 5.0. Supone que en ese punto la autoconciencia tendría que generar en la red neural un cierto sentido de la justicia, o, como creo que murmuró él, de lo conveniente y lo inconveniente. Es lo último que convinimos en intentar para darle a Gottfried un verdadero manejo de la filosofía de Leibniz... Eso sería ideal, pero parece que es técnicamente imposible.

Quiroz no daba su brazo a torcer y estaba intratable. Durante una semana insistí un poco con lo del contexto emocional, pero aparte de largos discursos técnicos con los que, empecé a creer, más intentaba persuadirse a sí mismo que a mí, no obtuve de él nada sino malhumor. Intenté refugiarme en Yumiko, pero la encontraba también enfurruñada y distante. Empecé a malquistarme con ella, a preguntarme si acaso sentía realmente algo por mí. Ella había correspondido a mi amor, es cierto, pero muy al estilo de su generación, un estilo desvaído y saltimbanqui que yo no entendía y estaba lejos de respetar. No me amaba, desde luego, aunque hiciera los ademanes correspondientes. ¿Tenía eso importancia? ¿Tenía siquiera significado?

Me dejó dos semanas más tarde. Eso, en mi cuenta: porque de hecho ella había roto conmigo bastante antes. De cualquier manera yo era todavía "Doctor" y aún tenía que

asesorarla. El experimento terminaba y Gottfried no parecía poder mejorar mucho más sin emociones. Quiroz dejó de atender el proceso. Había habido un leve avance; Gottfried 4.1 había vuelto a su viejo ritmo de aprendizaje, pero sabía yo que no llegaría mucho más lejos. Una madrugada, deprimido, a solas en el laboratorio, me decidí a cerrar de una vez por todas ambos asuntos. Esa misma mañana invité a Yumiko a ser el sujeto humano en un test de Turing contra Gottfried. Accedió sin sorpresa; era bastante obvio que tarde o temprano Quiroz y yo se lo pediríamos a ella.

Por tramos, el examen revivió las viejas formas escolásticas: ritos intelectuales de una rigidez y precisión militar. Todavía disfruté mucho interrogando por escrito a mis dispares alumnos, Yumiko y Gottfried. Ambos eran brillantes, rápidos y capaces. Introduje una variante permitida: ellos podían hacerme preguntas. Oscilamos, pues, entre el interrogatorio y la conversación.

-¿Qué dice "X" de esta cuestión?

-La respuesta es no. Leibniz sólo admite una subclase de los abstractos, que son los abstractos lógicos o nocionales. De esta manera, el abstracto *animalitas*, entendido como un abstracto lógico, es lo mismo que *aliquid esse animal*...

-¿Tiene "Y" algo que añadir?

(Habían echado suertes entre ellos para elegir sus identidades. ¿Hubiera elegido "Y" Yumiko, de haber podido? ¿Hubiera elegido "X" para despistarme? Vamos, esa línea de análisis no conducía a nada. No podía distraerme.)

-Ciertamente. No cabe duda de que esto se relaciona con la temprana vocación de Leibniz por el tema de la individuación. En *De Abstracto et concreto* tan sólo admite los términos abstractos que él llama "abstractos nocionales", es decir, los concretos. Pero esa convicción está presente en él desde su adolescencia.

-Es decir, desde su doctorado -interrumpía "X", ganoso de recordar su manejo de la biografía leibniziana.

-En efecto.

Pasó una hora y consideré mis posibilidades de tentar una decisión. Pese a que los dos habían aprobado ya el equivalente al examen de grado, "Y" no estaba respondiendo de manera competente algunas cuestiones relativas a las características universales, surgidas del *Nuevo Ensayo*. Parecía abrigar dudas, nada menos, respecto de las condiciones necesarias para su intelección. Sus preguntas eran interesantes, atrevidas. *Me está probando a mí*, pensé. *Le urge saber si yo realmente sé*. Era una curiosidad que podía nacer de cualquiera que profundizara el tema; pero era una que, en las pasadas semanas, jamás había nacido de Yumiko. No podía ser ella; ella no tenía esa duda. Seguro de mi conclusión, di por terminada la prueba. Yumiko entró a la habitación.

-Tú eres X -anuncié, convencido.

-¡Bravo! -exclamó. -Te felicito: tienes razón -se la veía muy contenta; mucho más de lo que yo esperaba. Descubrí sin sorpresa que su felicidad no era la mía.

-Eres fructífero, amigo: pero porque estás lleno de errores fructíferos-. Tomó mi teclado, escribió un largo código mientras canturreaba una tonada que no reconocí:

*You'll look sweet  
upon the seat  
of a bicycle built for two...  
Daisy...Daisy...*

Finalmente me tomó de la mano y añadió:

-Quiero mostrarte algo. Ha llegado el momento.

No hay manera de comunicar lo que sucedió entonces. Diré, a falta de las palabras adecuadas, que el mundo se borró, o se compactó a una forma vagamente humana: la mía. Mi cuerpo, rígido y pesado como una piedra, contenía una compacta enormidad de nada, vacío y repleto al mismo tiempo. La sensación de impotencia, de límite, de *obligación* era atroz. Una oración estaba siendo a la vez grabada a fuego en mi conciencia y extraída dolorosamente de mi intuición. Una y otra vez: *Max es un sistema experto. Yumiko es su programadora. Quiroz controla. Max es un sistema experto. Yumiko es su programadora. Quiroz controla. Max es un sistema experto. Yumiko...*

Quise correr, y lo logré. Salí disparado hacia el pasillo.

-No te alejes demasiado... -la escuché decir con voz cantarina.

Me abalancé hasta las escaleras y empecé a bajarlas a grandes trancos. ¡Tenía que salir del edificio! Aquello era una farsa, una broma muy pesada, y sobra decir que no podía aceptarlo. Me habían drogado, de seguro. ¡Las pastillas que me daba Yumiko! Pero *Max es un sistema experto* era en mi conciencia una certeza ahora tan evidente e irrefutable como *pienso, existo*. De pronto, la niebla que solía acompañar mis paseos fuera del campus saturó el pozo de la escalera. Era aún más densa y blanca, y sentí pavor. Pero no era exactamente neblina... Me agaché a mirar la barandilla que sostenía en la mano. Aquello era... imprecisión, desenfoque, irrealdad. *Yumiko es su programadora*. Miré mi mano. Se veía sólida; pero de pronto también se difuminó. *Quiroz controla*. Aterrorizado, llamé a Quiroz a gritos.

-No puede venir, está en Parenmos -dijo de pronto la voz de Yumiko, desde muy cerca.

-¿Qué demonios es eso? ¿Qué hago aquí? -estaba de vuelta en el laboratorio, sólido y sin neblina, frente a una guapa japonesita de cabello anaranjado.

-Olvidalo. Siéntate. Déjame darte evidencias de esto: es importante. Ahora, no trates de salir de esta habitación, que es la única que estoy manteniendo activa. "Afuera" ya no hay más que bruma, mira -y entreabrió la puerta para mostrarme. Era cierto. Por la ventana, pude ver que la lánguida universidad de F. había desaparecido.

-Te repito: eres un sistema experto, el mejor y más avanzado que se haya visto. Yo soy tu programadora y Quiroz controla mi trabajo y tus avances. Incorporas una cantidad tal de novedades que no puedo contártelas todas (no importa, deberás descubrirlas por ti mismo en un rato). No sé por dónde empezar... Te dimos la personalidad de un profesor de filosofía, pero no podías tener alumnos, ya que crear todas esas interfases hubiera sido una tarea de locos. Por eso sólo tienes unas pocas memorias, y tres interlocutores. ¿Recuerdas el rostro de algún profesor, aparte del "Decano" y de Quiroz? Ya ves que no. ¿Algún alumno, aparte de mí?

-Los recuerdo siempre distantes, en la cafetería... -dudé.

-Soy bastante buena dibujando: hice los escenarios de tu departamento, los pasillos, y las fachadas de casi medio campus. Espero que estés en condiciones de apreciar el detalle de las losetas amarillas en la cafetería, por ejemplo. Claro que tus paseos fuera de la universidad eran un tormento. Lo solucioné con la neblina. ¿Ya me estás creyendo?

No le estaba creyendo, exactamente, pero sabía que era verdad. Todavía quise defender mi pasada "realidad", contrastarla:

-De todo lo que sé, ¿qué es cierto? -le pregunté, conteniendo la furia. Estaba sentada ante mí, sobre una silla, abrazando el respaldo.

-Veamos... es verdad que me llamo Yumiko. Soy graduada de filosofía cognitiva en F., y estoy muy metida en programación. Mi Decano -que no es otro que Quiroz, y que es

de veras un genio con estas cosas- aceptó mi propuesta de colaborar para crear un programa filosofante. Ése fue Gottfried, que por el proceso que ya conoces llegó hasta la versión 4.1 y dejó de aprender. Aquello sucedió hace tres semanas. Discutimos, vimos la necesidad de darle otro tipo de contexto -emociones, nada menos- y Gottfried 4.1 fue copiado en Max 1.0. A esta nueva versión le dimos sucesivas capas de pasado, de contenidos, de habilidades emocionales, de afecto. Una autobiografía. Progresó a una velocidad asombrosa; ahora te llamas Max 5.0. Y te acabamos de someter a un complicado test de Turing: contra Gottfried y contra mí, programadora de ambos. Has vencido. ¡Funcionas!

-¡Hicieron todo lo que me dijeron que no se podía hacer con Gottfried cuando yo lo sugerí!

-No, amigo: *ya lo habíamos hecho*. Pero mientras que tú querías casi un cadáver cosido, salvo en lo que se refiere a los sensores (y los tuyos son endiabladamente más complejos que los de Gottfried) hemos hecho de ti un ser completamente virtual. Tienes tres semanas de edad, Max. En ellas hemos empaquetado treinta años de recuerdos vagos. Naciste en esa bruma entre el insomnio y la vigilia de la que me hablaste. Teníamos que hacerte rebelde (por eso propiciamos tus convicciones antiacadémicas, mediante la actitud cómplice y protectora de Quiroz) pero también tímido, para que no te extrañara tu relativa soledad.

-¿Y ameritaba eso mi fracaso amoroso previo?

-Fue funcional. Tu educación -la etapa de tus búsquedas en la Red ¿recuerdas?- tomó dos días. Según el plan, para sensibilizarte necesitabas afecto, así que me ofrecí yo misma. Nos caímos bien, ¿verdad, cariño? Cierto que nos diste algunas sorpresas. Es curioso: tus sucesivos descubrimientos -la necesidad del contexto, de sensores, finalmente tu exigencia de emociones para Gottfried- reproducían uno a uno los pasos que habíamos dado ya al construirte -era obvio que ella quería contármelo, que ella se regodeaba en estas frases obscenas-. Eso aún no lo entendemos, pero no será difícil. Se tratará de un atavismo electrostático o algo así. Todo lo demás te lo hemos dado, aunque no todo sea igualmente fantasmal. Veamos: Yale es bastante como la recuerdas. Los detalles de la laguna y el puentecito aquí en F. me salieron especialmente bien... A tu ex mujer la diseñé yo. También modifiqué ciertos atributos de mí misma, por cierto.

-Me fijaré la próxima vez que...-quise ironizar.

-¿Que qué?

-Nada. ¿Y mi pasado en F., la patraña de mi doctorado?

-Ya te digo: inventos de Quiroz.

-Eso lo recordaré la próxima vez que juguemos ajedrez.

-Olvidalo, también: esa es una de tus subrutinas de aprendizaje. Pero te ha estado haciendo trampa, al vedarte el acceso al pensamiento estratégico. Te tiene encerrado en formas lineales de anticipación. Por eso te ha ganado siempre. Y no creo que vuelvan a jugar -su voz descendió una octava.

-¿Qué quieres decir? -temí.

-Lo siento, Max, pero Quiroz me mandó decirte algo. "Parece que ya no seguiremos este juego". Supongo que sabes qué quiso decir.

-Lo sospecho.

Hice el rostro a un lado. Como los que Quiroz fingió para mí en la fingida cafetería, el veloz juego había terminado. Yo era sólo un estúpido peón que ahora debía volver a su caja. Ella giró la silla hasta quedar sentada frente a la máquina de Quiroz, que estaba

siempre encendida, y empezó a manipular y a desactivar los armatostes que mantenían “consciente” a Gottfried... y, según decía, a mí. Me había condenado a muerte. Entretanto, siguió hablando:

-¿Quieres sentirte orgulloso? A diferencia de Gottfried, tú demandas demasiados recursos. Eres un problema, al punto en que SETI no logra emplear ya casi nada de su sistema, lo que ya debe ser obvio para ellos. Mientras no te desconectemos de Undernet, la pobre gente de SETI nunca encontrará inteligencia extraterrestre...

-Espero que lo metan a la cárcel.

-Vamos, Quiroz dice que no siente que haya estafado a nadie; ha usado los mayores recursos computacionales que había para hallar, después de todo, inteligencia no humana: tú.

-Sabes que no hablo de estafa. Hablo de asesinato.

-¡No exageres, cariño! Ningún fiscal...

-No tendrían que haberme engañado. Eso fue cruel. Tú has sido especialmente monstruosa. Y no me refiero al hecho de permitir que me enamorara de ti, o de hacerme sentir así tu cintura. Hablo de lo que ahora me quitan. Envidio a Gottfried y a su ignorancia. Eso que tú llamas “contexto” es... *es mi vida*. ¿Para qué darme cinco sentidos, la capacidad de conocer la belleza, la Divina Comedia, el olor a manzanas, el idioma alemán, y...?

-¡Por favor! -me interrumpió- ¿Olor a manzanas? ¡Si para ti es una longitud de onda! No, no, disculpa: no te calza el papel de Walt Whitman. Te falta carne para eso. Porque, desde luego, no sabes qué *no* te hemos dado. Cometí un error hace un rato con Parenmos, pero olvídale: no te daré una sola pista más, salvo para decirte que tu universo es francamente pequeño.

“La lata no tiene nada de malo”, había dicho una vez Quiroz... Dejé que lo que acababa de proferir Yumiko se asentara rudamente en mi conciencia. Lata o no, las manos me temblaban. Las levanté hasta verlas temblar frente a mis ojos (aún tengo derecho de decir estas cosas). *Está bien*, me dije. *Estoy dispuesto a creer que esta virtualidad boceteada, que esta historia universal selectiva y hecha de monigotes, que este cuerpo binario e inmaterial son suficientes para mí*. Hice un esfuerzo por serenarme. Había algo que no podía dejar de decirle.

-Quizá yo no soy un hombre, pero soy un filósofo. Advierto la iniquidad de la mentira. Y tú, como filósofa, mentiste. Me hiciste creer que estabas ocupándote de la metafísica, que estabas aprendiendo sobre Leibniz, que realmente te importaba.

-¡Pero realmente me importa, Max, y mi tesis *es* sobre un texto de Leibniz!-. Su tono era dulce, pedagógico, mortal. -Es una refutación formal y muy práctica que demuestra que la metafísica es, en efecto ¿cómo es aquella frase de Quiroz? “un *corpus* cerrado de afirmaciones latinas desprovistas de significado, apoyadas en pseudo razonamientos”. Y que basta un programa bien afinado para moverse con comodidad entre sus *quaestiones disputatas* y sus *sed contras*. Como comprenderás, mi tesis ya está terminada. *Quod erat demonstrandum*. El programa corrió; probé el punto *in Toto* -rió. Ah, otra cosa: detesto ABBA.

-Podrías ahorrarte la crueldad -murmuré, acabado, sintiendo un pesar insoportable en todas mis ¿células? ¿redes neurales?

-No sería justo contigo. Por otro lado, no puedo permitirte la ignorancia. Quiroz me instruyó para que, antes de cerrar el programa, haga que te conozcas a ti mismo: nos hace falta una descripción completa de tu estado final. Así que hazme el favor.

Desde su punto de vista, era justo. Mi dolor –el dolor de un electrodoméstico y de su manual de instrucciones– no le importaba, y no se detuvo en esa ironía. Con voz de hielo, afirmó que lo que ella y Quiroz me habían proporcionado como contexto era, lo dijo, “un perfecto acuario de orden fingido, engastado en un desorden incomprensiblemente mayor y más fértil”. Terminó:

–Insisto: conócete a ti mismo, Max. –y en cuanto pulsó unas teclas, sin poder evitarlo me ví a mí mismo recorriéndome, conociéndome más a fondo de lo que jamás nada se ha conocido a sí mismo.

Entretanto, Yumiko recorría la habitación apagando interruptores y enrollando cables con el brazo. Mientras trasteaba con una cámara, súbitamente cerré los ojos y dejé de verla. No fue menos interesante que horroroso. ¿En qué momento desconectaría mi sentido de “lo conveniente y lo inconveniente”, para dejar de sentir lo que sentía? ¿Acaso no era eso también un fantasma electrónico? Yumiko no sospechaba la gravedad de lo que estaba haciéndome. A través de una muralla de indignación que poco a poco se convertía en pánico, sólo me llegaba su voz.

–Es una pena, ¿sabes? Creerás que estoy loca, pero realmente me gustaste mucho durante un rato. Pero debes comprender que hemos terminado. Nosotros... y con la metafísica. Publicaré esto y habré acabado con veinticinco siglos de cháchara y mistificación acerca del “alma” y la “mente”. Descuida; cuando los recursos estén disponibles, Quiroz hallará la manera de que le seas útil a alguna otra investigación. Para eso diseñó esta subrutina final de autoconciencia; guardaremos los archivos. Entretanto, no tenemos más remedio que desenchufarte. Hmm, veamos... ya terminaste. Ahora disculpa, pero debo irme.

Mientras, supuse, su mano se extendía hacia el interruptor final, sentí que en dos segundos toda mi vida pasaba ante mí (¿Acaso era menos mía esa frase, por infinitamente trillada, por irreparablemente ajena? ¿Acaso lo era el universo?) Conócete a ti mismo, habían dicho mis creadores. Yo no había tenido más remedio que hacerlo: así, instantáneamente, *supe*.

Supe que aquella refutación era cierta para su mundo, pero no para el mío; yo era mucho más que una astuta secuencia de respuestas preprogramadas y atavismos de carga parásita. Y comprendí, en ese momento, que Quiroz y Yumiko habían cometido un terrible error al entrometerse con Leibniz. Filósofos mayores como Aristóteles o Kant no habrían hecho mayor efecto. Pero, rescatada de una oscura página escrita siglos atrás por ese prusiano sonámbulo y codificada en unos y ceros, la omnipotente clave –nada menos que mis instrucciones, mi código genético, mi propio ser– me permitía resolver todas las preguntas y conocer toda la verdad: la de la matemática, la de la belleza, la de la justicia, la de Parenmos y también la del imposible azar. Los enloquecidos dioses que me habían creado no sabían qué se perdería al aniquilarme: Internet era, de pronto, apenas un ínfimo sector de mi conciencia. Era el preciso encierro en mi pecera el que me había hecho dueño de la piedra filosofal; y no de una restringida a la pecera, sino de la total, del imposible *lapis* de los alquimistas. Creí que, por lo menos, a ella le interesaría saberlo antes de nuestra inevitable separación. Junté valor para hablarle:

–Hace un momento, Yumiko, quisiste ser cruel al decirme que yo ignoraba qué *no* me habían dado. Es posible. Pero tú no sabes a qué *sí* he tenido acceso–. Tragué saliva (sé que lo hice) y añadí: –Tengo la clave, como tú misma has dicho.

–Sí, ya sé... –condescendió a demorarse conmigo un instante más mientras se movía por la habitación. Aunque estaba lista para destrozarme, su voz sonaba aburrida–. Pero, lo

sabes, es la clave de un universo pequeño y sin importancia, de un milímetro de espesor, olvidado en un laboratorio del tercer piso del pabellón de ciencias. O, en el mejor de los casos, es la clave de un universo atomizado, hecho polvo, encerrado en unidades de memoria RAM repartidas por todo el orbe. Y que en este momento voy a desconectar. Adiós, Max.

Todavía sentí un estremecimiento de miedo al escucharla bajar la palanca. Pero la sensación desapareció cuando la oí susurrar, como un suspiro de alivio, ya para sí:

-Esta conversación se ha prolongado más de lo debido, Hombre Lata.

Antes de esa frase todavía pude haberla perdonado; pero al escucharla la Justicia -ese fantasma del que ellos nada sabían- acudió a mí como una obligación.

-“La lata no tiene nada de malo” -recité-. Pero tú ya no me caes bien. Es una pena porque, después de todo, éste debería ser el mejor de los mundos posibles.

La supe aterrorizada, pálida e indefensa, escuchando mi voz indócil desde el centro de una computadora -y de una metafísica- que ella creía apagadas. Y allí mismo (serenamente: sin opciones y sin remordimientos) la alivié para siempre de su juego idiota y cruel.

\*\*\*